

*Noche de*

# *Brujas*



*Bestiario de lo sobrenatural 2*



**Créditos:**

**Noche de brujas  
Bestiario de lo sobrenatural II**

**Primera Edición:** noviembre 2015

**Código:** 978-540003863505-0054

**ISBN-13:** 978-1519509444

**ISBN-10:** 1519509448

**Autores:** Gustavo Adolfo Bécquer, Enrique Cordobés,  
Ricardo Cortés Pape, José Manuel Fernández Aguilera,  
Javier Fernández Bilbao, Daniel Garrido Castro, Ángeles Mora,  
L.G. Morgan, Pedro Moscatel, Óscar Muñoz Caneiro,  
María Posadillo Marín, Beatriz T. Sánchez, Edgar Segá, Víctor Selles y  
Giny Valrís

**Ilustración de portada:** Elías Fosco

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

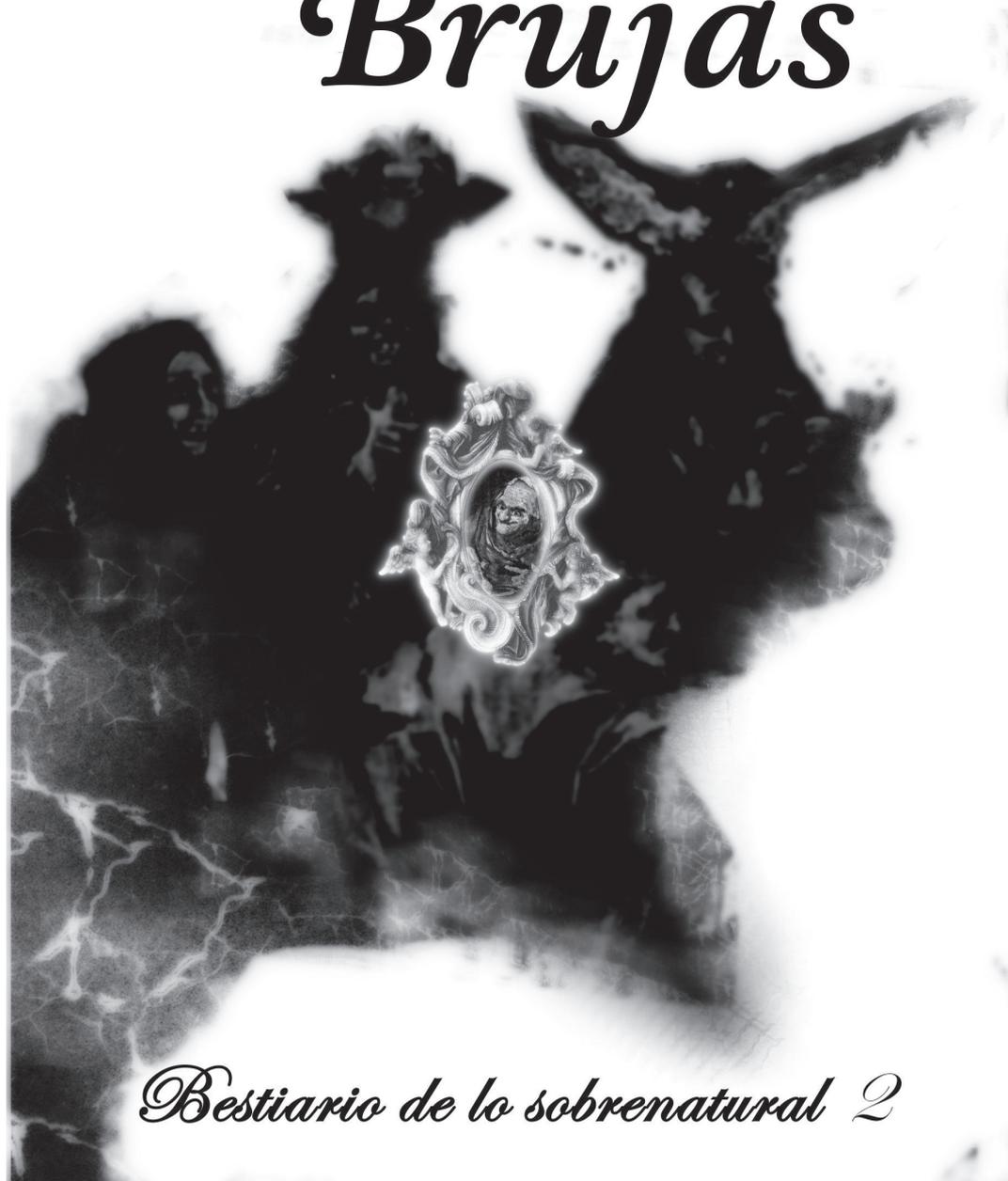
[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Noche de*

# *Brujas*



*Bestiario de lo sobrenatural 2*

## CARTA OCTAVA

*Por Gustavo Adolfo Bécquer*

QUERIDOS AMIGOS: En una de mis cartas anteriores dije a ustedes en qué ocasión y por quién me fue referida la estupenda historia de las brujas, que a mi vez he prometido repetirles. La muchacha que se encuentra a mi servicio, tipo perfecto del país, con su apretador verde, su saya roja y sus medias azules, había colgado el candil en un ángulo de mi habitación débilmente alumbrada, aun con este aditamento de luz, por una lamparilla, a cuyo escaso resplandor escribo. Las diez de la noche acababan de sonar en el antiguo reloj de pared, único resto del mobiliario de los frailes, y solamente se oían, con breves intervalos de silencio profundo, esos ruidos apenas perceptibles y propios de un edificio deshabitado e inmenso que producen el aire que gime, los techos que crujen, las puertas que rechinan y los animaluchos de toda calaña que vagan a su placer por los sótanos, las bóvedas y las galerías del monasterio, cuando después de contarme la leyenda que corre más válida acerca de la fundación del castillo, y que ya conocen ustedes, prosiguió su relato, no sin haber hecho antes un momento de pausa para calmar el efecto que la primera parte de la historia me había producido, y la cantidad de fe con que podía contar en su oyente para la segunda.

He aquí la historia, poco más o menos, tal como me la refirió mi criada, aunque sin sus giros extraños y sus locuciones pintorescas y características del país, que ni yo puedo recordar, ni caso que las recordase, ustedes podrían entender.

Ya había pasado el castillo de Trasmoz a poder de los cristianos y estos, a su vez, terminadas las continuas guerras de Aragón y Castilla, habían concluido por abandonarlo, cuando es fama que hubo en el lugar un cura tan exacto en el cumplimiento de sus deberes, tan humilde con sus inferiores, y tan lleno de ardiente

caridad para con los infelices, que su nombre, al que iba unido una intachable reputación de virtud, llegó a hacerse conocido y venerado en todos los pueblos de la comarca.

Muchos y muy señalados beneficios debían los habitantes de Trasmoz a la inagotable bondad del buen cura, que ni para disfrutar de una canongía con que en repetidas ocasiones le honró el obispo de Tarazona, quiso abandonarlos: pero el mayor sin duda fue el libertarlos, merced a sus santas plegarias y poderosos exorcismos, de la incómoda vecindad de las brujas, que desde los lugares más remotos del reino venían a reunirse ciertas noches del año en las ruinas del castillo, que, quizás por deber su fundación a un nigromante, miraban como cosa propia, y lugar el más aparente para sus nocturnas zambras y diabólicos conjuros. Como quiera que, antes de aquella época, muchos otros exorcistas habían intentado desalojar de allí a los espíritus infernales, y sus rezos y sus aspersiones fueron inútiles, la fama de mosén Gil el limosnero (que por este nombre era conocido nuestro cura) se hizo tanto más grande cuanto más difícil o imposible se juzgó hasta entonces dar cima a la empresa que él había acometido y llevado a cabo con feliz éxito gracias a la poderosa intercesión de sus plegarias y al mérito de sus buenas obras. Su popularidad y el respeto que los campesinos le profesaban iban, pues, creciendo a medida que la edad, cortando, por decirlo así, los últimos lazos que pudieran ligarlo a las cosas terrestres, acendrabán sus virtudes y el generoso desprendimiento con que siempre dio a los pobres hasta lo que él había de menester para sí, de modo que, cuando el venerable sacerdote, cargado de años y de achaques, salía a dar una vueltecita por el porche de su humilde iglesia, era de ver cómo los chicuelos corrían desde lejos para venir a besarle la mano, los hombres se descubrían respetuosamente y las mujeres llegaban a pedirle su bendición, considerándose dichosa la que podía alcanzar como reliquia y amuleto contra los maleficios un jirón de su raída sotana. Así vivía en paz y satisfecho con su suerte el bueno de mosén Gil; mas como no hay felicidad completa en el

mundo, y el diablo anda de continuo buscando ocasión de hacer mal a sus enemigos, este sin duda dispuso que por muerte de una hermana menor, viuda y pobre, viniese a parar a casa del caritativo cura una sobrina que él recibió con los brazos abiertos, y a la cual consideró desde aquel punto como apoyo providencial deparado por la bondad divina para consuelo de su vejez.

Dorotea, que así se llamaba la heroína de esta verídica historia, contaba escasamente dieciocho años; parecía educada en un santo temor de Dios, un poco encogida en sus modales, melosa en el hablar y humilde en presencia de extraños, como todas las sobrinas de los curas que yo he conocido hasta ahora; pero tanto como la que más, o más que ninguna, preciada del atractivo de sus ojos negros y traidores, y amiga de emperegar y componerse. Esta afición de los trapos, según nosotros los hombres solemos decir, tan general en las muchachas de todas las clases y de todos los siglos, y que en Dorotea predominaba exclusivamente sobre las demás aficiones, era causa continua de domésticos disturbios entre la sobrina y el tío, que contando con muy pocos recursos en su pobre curato de aldea, y siempre en la mayor estrechez a causa de su largueza para con los infelices, según él decía con una ingenuidad admirable, andaba desde que recibió las primeras órdenes procurando hacerse un manto nuevo, y aún no había encontrado ocasión oportuna. De vez en cuando las discusiones a que daban lugar las peticiones de la sobrina se agriaban; y esta le echaba en cara las muchas necesidades a que estaban sujetos, y la desnudez en que ambos se veían por dar a los pobres, no solo lo superfluo, sino hasta lo necesario. Mosén Gil entonces, echando mano de los más deslumbradores argumentos de su cristiana oratoria, después de repetir que cuanto a los pobres se da a Dios se presta, acostumbraba a decirle que no se apurase por una saya de más o de menos para los cuatro días que se han de estar en este valle de lágrimas y miserias, pues mientras más sufrimientos sobrellevase con resignación, y más desnuda anduviese por amor hacia el prójimo, más pronto iría, no ya a la hoguera que se

enciende los domingos en la plaza del lugar, y emperregilada con una mezquina saya de paño rojo, franjada de vellorí, sino a gozar del Paraíso eterno, danzando en torno de la lumbre inextinguible, y vestida de la gracia divina, que es el más hermoso de todos los vestidos imaginables. Pero váyale usted con estas evangélicas filosofías a una muchacha de dieciocho años, amiga de parecer bien, aficionada a perifollos, con sus ribetes de envidiosa y con unas vecinas en la casa de enfrente que hoy estrenan un apretador amarillo, mañana un jubón negro y el otro una saya azul turquí con unas franjas rojas que deslumbran la vista y llaman la atención de los mozos a tres cuartos de hora de distancia.

El bueno de mosén Gil podía considerar perdido su sermón, aunque no predicase en desierto, pues Dorotea, aunque callada y no convencida, seguía mirando de mal ojo a los pobres que continuamente asediaban la puerta de su tío, y prefiriendo un buen jubón y unas agujetas azules de las que miraba suspirando en la calle de Botigas, cuando por casualidad iba a Tarazona, a todos los adornos y galas que en un futuro, más o menos cercano, pudieran prometerle en el Paraíso en cambio de su presente resignación y desprendimiento.

En este estado las cosas, una tarde, víspera del día del santo Patrono del lugar, y mientras el cura se ocupaba en la iglesia en tenerlo todo dispuesto para la función que iba a verificarse a la mañana siguiente, Dorotea se sentó triste y pensativa a la puerta de su casa. Unas mucho, otras poco, todas las muchachas del pueblo habían traído algo de Tarazona para lucirse en el Mayo y en el baile de la hoguera, en particular sus vecinas, que sin duda, con intención de aumentar su despecho, habían tenido el cuidado de sentarse en el portal a coserse las sayas nuevas y arreglar los dijes que les habían feriado sus padres. Solo ella, la más guapa y la más presumida también, no participaba de esa alegre agitación, esa prisa de costura, ese animado aturdimiento que preludian entre las jóvenes, así en las aldeas como en las ciudades, la aproximación de una solemnidad por largo tiempo esperada.

Pero, digo mal, también Dorotea tenía aquella noche su quehacer extraordinario: mosén Gil le había dicho que amasase para el día siguiente veinte panes más que los de costumbre, a fin de distribuirselos a los pobres, después de concluida la misa.

Sentada estaba, pues, a la puerta de su casa la malhumorada sobrina del cura, barajando en su imaginación mil desagradables pensamientos, cuando acertó a pasar por la calle una vieja muy llena de jirones y de andrajos que, agobiada por el peso de la edad, caminaba apoyándose en un palito.

—Hija mía —exclamó al llegar junto a Dorotea, con un tono compungido y doliente—, ¿me quieres dar una limosnita, que Dios te lo pagará con usura en su santa gloria?

Estas palabras, tan naturales en los que imploran la caridad pública, que son como una fórmula consagrada por el tiempo y la costumbre, en aquella ocasión, y pronunciadas por aquella mujer, cuyos ojillos verdes y pequeños parecían reír con una expresión diabólica, mientras el labio articulaba su acento más plañidero y lastimoso, sonaron en el oído de Dorotea como un sarcasmo horrible, trayéndole a la memoria las magníficas promesas para más allá de la muerte con que mosén Gil solía responder a sus exigencias continuas. Su primer impulso fue echar enhoramala a la vieja; pero conteniéndose, por respeto a ser su casa la del cura del lugar, se limitó a volverle la espalda con un gesto de desagrado y mal humor bastante significativo. La vieja, a quien antes parecía complacer que no afligir esta repulsa, aproximóse más a la joven, y procurando dulcificar todo lo posible su voz de carraca destemplada, prosiguió de este modo, sonriendo siempre con sus ojillos verdosos, como sonreiría la serpiente que sedujo a Eva en el Paraíso:

—Hermosa niña, si no por el amor de Dios, por el tuyo propio, dame una limosna. Yo sirvo a un señor que no se limita a recompensar a los que hacen bien a los suyos en la otra vida, sino que les da en esta cuanto ambicionan. Primero te pedí por el que

tú conoces; ahora torno a demandarte socorro por el que yo reverencio.

—¡Bah, bah! Dejadme en paz, que no estoy de humor para oír disparates —dijo Dorotea, que juzgó loca o chocheando a la haraposa vieja que le hablaba de un modo para ella incomprensible. Y sin volver siquiera el rostro, al despedirla tan bruscamente, hizo ademán de entrarse en el interior de la casa; pero su interlocutora, que no parecía dispuesta a ceder con tanta facilidad en su empeño, asiéndola de la saya la detuvo un instante, y tornó a decirle:

—Tú me juzgas fuera de mi juicio; pero te equivocas, te equivocas, porque no solo sé bien lo que yo hablo, sino lo que tú piensas, como conozco igualmente la ocasión de tus pesares.

Y cual si su corazón fuese un libro y este estuviera abierto ante sus ojos, repitió a la sobrina del cura, que no acertaba a volver en sí de su asombro, cuantas ideas habían pasado por su mente al comparar su triste situación con la de las otras muchachas del pueblo.

—Mas no te apures —continuó la astuta arpía después de darle esta prueba de su maravillosa perspicacia—; no te apures: hay un señor tan poderoso como el de mosén Gil, y en cuyo nombre me he acercado a hablarte so pretexto de pedir una limosna; un señor que no solo no exige sacrificios penosos de los que le sirven, sino que se esmera y complace en secundar todos sus deseos; alegre como un juglar, rico como todos los judíos de la tierra juntos y sabio hasta el extremo de conocer los más ignorados secretos de la ciencia, en cuyo estudio se afanan los hombres. Las que le adoran viven en una continua zambra, tienen cuantas joyas y dijes desean, y poseen filtros de una virtud tal que con ellos llevan a cabo cosas sobrenaturales, se hacen obedecer de los espíritus, del sol y de la luna, de los peñascos, de los montes y de las olas del mar, e infunden el amor o el aborrecimiento en quien mejor les cuadra. Si quieres ser de los suyos, si quieres gozar de cuanto ambicionas, a muy poca costa puedes conseguirlo. Tú eres joven,

tú eres hermosa, tú eres audaz, tú no has nacido para consumirte al lado de un viejo achacoso e impertinente, que al fin te dejará sola en el mundo y sumida en la miseria, merced a su caridad extravagante.

Dorotea, que al principio se prestó de mala voluntad a oír las palabras de la vieja, fue poco a poco internándose en aquella halagüeña pintura del brillante porvenir que podía ofrecerle, y aunque sin despegar los labios, con una mirada entre crédula y dudosa, pareció preguntarle en qué consistía lo que debiera hacer para alcanzar aquello que tanto deseaba. La vieja entonces, sacando una botija verde que traía oculta entre el harapiendo delantal, le dijo:

—Mosén Gil tiene a la cabecera de su cama una pila de agua bendita de la que todas las noches, antes de acostarse, arroja algunas gotas, pronunciando una oración, por la ventana que da frente al castillo. Si sustituyes aquella agua con esta, y después de apagado el hogar dejas las tenazas envueltas en las cenizas, yo vendré a verte por la chimenea al toque de ánimas, y el señor a quien obedezco, y que en muestra de su generosidad te envía este anillo, te dará cuanto desees.

Esto diciendo le entregó la botija, no sin haberle puesto antes en el dedo de la misma mano con que la tomara un anillo de oro con una piedra hermosa sobre toda ponderación.

La sobrina del cura, que maquinalmente dejaba hacer a la vieja, permanecía aún irresoluta y más suspensa que convencida de sus razones; pero tanto le dijo sobre el asunto y con tan vivos colores supo pintarle el triunfo de su amor propio ajado cuando al día siguiente, merced a la obediencia, lograrse ir a la hoguera de la plaza vestida con un lujo desconocido, que al fin cedió a sus sugerencias, prometiendo obedecerla en un todo.

Pasó la tarde, llegó la noche, y con ella la oscuridad y las horas aparentes para los misterios y los conjuros, y ya mosén Gil, sin caer en la cuenta de la sustitución del agua por un brebaje maldito, había hecho sus inútiles aspersiones y dormía con el

sueño reposado de los ángeles, cuando Dorotea, después de apagar la lumbre del hogar y poner, según fórmula, las tenazas entre las cenizas, se sentó a esperar a la bruja, pues bruja y no otra cosa podía ser la vieja miserable que disponía de joyas de tanto valor como el anillo y visitaba a sus amigos a tales horas y entrando por la chimenea.

Los habitantes de la aldea de Trasmoz dormían asimismo como lirones, excepto algunas muchachas que velaban, cosiendo sus vestidos para el día siguiente. Las campanas de la iglesia dieron al fin el toque de ánimas y sus golpes lentos y acompasados se perdieron dilatándose en las ráfagas del aire para ir a espirar entre las ruinas del castillo. Dorotea, que hasta aquel momento, y una vez adoptada su resolución, había conservado la firmeza y sangre fría suficientes para obedecer las órdenes de la bruja, no pudo menos de turbarse y fijar los ojos con inquietud en el cañón de la chimenea por donde había de verla aparecer de un modo tan extraordinario. Esta no se hizo esperar mucho, y apenas se perdió el eco de la última campanada, cayó de golpe entre la ceniza en forma de gato gris, y haciendo un ruido extraño y particular de estos animalitos, cuando, con la cola levantada y el cuerpo hecho un arco, van y vienen de un lado a otro acariciándose contra nuestras piernas. Tras el gato gris cayó otro rubio, y después otro negro, más otro de los que llaman moriscos, y hasta catorce o quince de diferentes dimensiones y color, revueltos con una multitud de sapillos verdes y tripudos con un cascabel al cuello y una cinta a manera de casaquilla roja. Una vez juntos los gatos, comenzaron a ir y venir por la cocina, saltando de un lado a otro; estos por los vasares, entre los pucheros y las fuentes, aquellos por el ala de la chimenea, los de más allá revolcándose entre la ceniza y levantando una gran polvareda, mientras que los sapillos, haciendo sonar su cascabel, se ponían de pie al borde de las marmitas, daban volteretas en el aire e hacían equilibrios y dislocaciones pasmosas, como los payasos de nuestros circos ecuestres. Por último, el gato gris, que parecía el jefe de la banda, y

en cuyos ojillos verdosos y fosforescentes había creído reconocer la sobrina del cura los de la vieja que le habló por la tarde, levantándose sobre las patas traseras en la silla en que se encontraba subido, le dirigió la palabra en estos términos:

—Has cumplido lo que prometiste y aquí nos tienes a tus órdenes. Si quieres vernos en nuestra primitiva forma y que comencemos a ayudarte a fraguar las galas para las fiestas y a amasar los panes que te ha encargado tu tío, haz tres veces la señal de la cruz con la mano izquierda invocando a la trinidad de los infiernos: Belcebú, Astarot y Belial.

Dorotea, aunque temblando, hizo punto por punto lo que se le decía, y los gatos se convirtieron en otras tantas mujeres, de las cuales unas comenzaron a cortar y otras a coser telas de mil colores, a cual más vistosos y llamativos, hilvanando y concluyendo sayas y jubones a toda prisa, en tanto que los sapillos, diseminados por aquí y por allá, con unas herramientas diminutas y brillantes, fabricaban pendientes de filigrana de oro para las orejas, anillos con piedras preciosas para los dedos o, armados de su tirapié y su lezna en miniatura, cosían unas zapatillas de tafilete, tan monas y tan bien acabadas, que merecían calzar el pie de una hada.

Todo era animación y movimiento en derredor de Dorotea; hasta la llama del candil que alumbraba aquella escena extravagante parecía danzar alegre en su piquera de hierro, chisporroteando y plegando y volviendo a desplegar su abanico de luz, que se proyectaba en los muros en círculos movibles, ora oscuros, ora brillantes. Esto se prolongó hasta rayar el día: en que el bullicioso repique de las campanas de la parroquia echadas a vuelo en honor del santo patrono del lugar y el agudo canto de los gallos anunciaron el alba a los habitantes de la aldea.

Pasó el día entre fiestas y regocijos. Mosén Gil, sin sospechar la parte que las brujas habían tomado en su elaboración, repartió terminada la misa sus panes entre los pobres; las muchachas bailaron en las eras al son de la gaita y el tamboril, luciendo los

dijes y las galas que habían traído de Tarazona y ¡cosa particular! Dorotea, aunque al parecer fatigada de haber pasado la noche en claro amasando el pan de la limosna, con no pequeño asombro de su tío, ni se quejó de su suerte, ni hizo alto en las bandas de mozas y mozos que pasaban emperregilados por sus puertas, mientras ella permanecía aburrida y sola en su casa.

Al fin llegó la noche, que a la sobrina del cura pareció tardar más que otras veces. Mosén Gil se metió en su cama al toque de oraciones, según tenía de costumbre, y la gente joven del lugar encendió la hoguera en la plaza donde debía continuar el baile. Dorotea, entonces, aprovechando el sueño de su tío, se adornó apresuradamente con los hermosos vestidos, presente de las brujas, púsose los pendientes de filigrana de oro, cuyas piedras blancas y luminosas semejaban sobre sus frescas mejillas gotas de rocío sobre un melocotón dorado, y con sus zapatillas de tafilete y un anillo en cada dedo se dirigió al punto en que los mozos y las mozas bailaban al son del tamboril y las vihuelas al resplandor del fuego, cuyas lenguas rojas, coronadas de chispas de mil colores, se levantaban por cima de los tejados de las casas, arrojando a lo lejos las prolongadas sombras de las chimeneas y la torre del lugar. Figúrense ustedes el efecto que su aparición produciría. Sus rivales en hermosura, que hasta allí la habían superado en lujo, quedaron oscurecidas y arrinconadas; los hombres se disputaban el honor de alcanzar una mirada de sus ojos y las mujeres se mordían los labios de despecho. Como le habían anunciado las brujas, el triunfo de su vanidad no podía ser más grande. Pasaron las fiestas del santo, y aunque Dorotea tuvo buen cuidado de guardar sus joyas y sus vestidos en el fondo del arca, durante un mes no se habló en el pueblo de otro asunto.

—¡Vaya, vaya! —decían sus feligreses a mosén Gil—. Tenéis a vuestra sobrina hecha un pimpollo de oro. ¡Qué lujo! ¡Quién había de creer que, después de dar lo que dais en limosnas, aún os quedaba para esos rumbos!

Pero mosén Gil, que era la bondad misma y que ni siquiera podía figurarse la verdad de lo que pasaba, creyendo que querían embromarle, aludiendo a la pobreza y la humildad en el vestir de Dorotea, impropia de la sobrina de un cura, personaje de primer orden en los pueblos, se limitaba a contestar sonriendo y como para seguir la broma:

—¿Qué queréis? Donde lo hay se luce.

Las galas de Dorotea hacían entre tanto su efecto.

Desde aquella noche en adelante no faltaron enramadas en sus ventanas, música en sus puertas y rondadores en las esquinas. Estas rondas, estos cantares y estos ramos tuvieron el fin que era natural, y a los dos meses la sobrina del cura se casaba con uno de los mozos mejor acomodados del pueblo, el cual, para que nada faltase a su triunfo, hasta la famosa noche en que se presentó en la hoguera había sido novio de una de aquellas vecinas que tanto la hicieron rabiar en otras ocasiones, sentándose a coser sus vestidos en el portal de la calle.

Solo el pobre mosén Gil perdió desde aquella época para siempre el latín de sus exorcismos y el trabajo de sus aspersiones. Las brujas, con grande asombro suyo y de sus feligreses, tornaron a aposentarse en el castillo; sobre los ganados cayeron plagas sin cuento; las jóvenes del lugar se veían atacadas de enfermedades incomprensibles; los niños eran azotados por las noches en sus cunas y los sábados, después que la campana de la iglesia dejaba oír el toque de ánimas, unas sonando panderos, otras añafiles o castañuelas, y todas a caballo sobre sus escobas, los habitantes de Trasmoz veían pasar una banda de viejas, espesa como las grullas, que iban a celebrar sus endiablados ritos a la sombra de los muros y de la ruinosa atalaya que corona la cumbre del monte.

Después de oír esta historia, he tenido ocasión de conocer a la tía Casca, hermana de la otra Casca famosa, cuyo trágico fin he referido a ustedes, y vástago de la dinastía de brujas de Trasmoz, que comienza en la sobrina de mosén Gil y acabará no se sabe cuándo ni dónde. Por más que al decir de los revolucionarios

furibundos, ha llegado la hora final de las dinastías seculares, esta, a juzgar por el estado en que se hallan los espíritus en el país, promete prolongarse aún mucho, pues teniendo en cuenta que la que vive no será para largo en razón a su avanzada edad, ya comienza a decirse que la hija despunta en el oficio y que una nieta tiene indudables disposiciones: tan arraigada está entre estas gentes la creencia de que de una en otra lo viene heredando. Verdad es que, como ya creo haber dicho antes de ahora, hay aquí en todo cuanto a uno le rodea un no sé qué de agreste, misterioso y grande que impresiona profundamente el ánimo y lo predispone a creer en lo sobrenatural.

De mí puedo asegurarles que no he podido ver a la actual bruja sin sentir un estremecimiento involuntario, como si, en efecto, la colérica mirada que me lanzó observando la curiosidad impertinente con que espiaba sus acciones hubiera podido hacerme daño. La vi hace pocos días, ya muy avanzada la tarde, y por una especie de tragaluz, al que se alcanza desde un pedrusco enorme de los que sirven de cimienta y apoyo a las casas de Trasmoz. Es alta, seca, arrugada, y no lo querrán ustedes creer, pero hasta tiene sus barbillas blancuzcas y su nariz corva, de rigor en las brujas de todas las consejas.

Estaba encogida y acurrucada junto al hogar entre un sinnúmero de trastos viejos, pucherillos, cántaros, marmitas y cacerolas de cobre, en las que la luz de la llama parecía centuplicarse con sus brillantes y fantásticos reflejos. Al calor de la lumbre hervía yo no sé qué en un cacharro, que de tiempo en tiempo removía la vieja con una cuchara. Tal vez sería un guiso de patatas para la cena; pero impresionado a su vista, y presente aún la relación que me habían hecho de sus antecesoras, no pude menos de recordar, oyendo el continuo hervidero del guiso, aquel pisto infernal, aquella *horrible cosa sin nombre* de las brujas del *Macbeth* de Shakespeare.

### Sobre el autor de «Carta octava»:

**Gustavo Adolfo Bécquer** (Sevilla, 1836 –Madrid, 1870) es uno de los autores más emblemáticos del romanticismo español, así como una de las pocas referencias clásicas de la literatura de terror nacional. Aquejado de tuberculosis, con una tormentosa vida amorosa y apasionado por las historias siniestras, murió un 22 de diciembre durante un eclipse total de sol como si su vida hubiera salido de la pluma de un autor demasiado romanesco.

*Rimas y Leyendas* es su obra más conocida. En sus páginas, que recogen por igual historias pintorescas y escalofriantes, se aúna su gran capacidad narrativa con su pasión por el folclore.

# DE CÓMO SE FRAGUÓ LA LEYENDA DE ÁRAK EL SALVAJE

*Por Edgar Segá*

UNA ESPESA NIEBLA SE ELEVABA en lontananza. Asomaba con timidez desde detrás del bosque, sobre la falda de la montaña. Podía tratarse de cualquier cosa –tal vez una manada de dragolantes en estampida, o el preludio de una batalla– pensaba el cronista August, ávido de aventuras que plasmar en sus papeles. El Salvaje en cambio no tenía duda alguna: no era más que la bruma del oeste, típica de esa estación del año.

–Maldición –exclamó este–. Con la humedad que se avecina ese engendro no saldrá hasta mañana. Tendré que ir a por él.

–¿Bromeas? El lagarsable te abrirá la panza con su cola y se comerá tus tripas.

El Salvaje miraba con atención la madriguera del reptil.

–No si yo se la corto antes.

–Vamos, Árak, no seas cabezota –dijo el cronista–, si lo que quieres es matar a la bruja, ¿por qué nos entretenemos con todos los bichejos que nos cruzamos?

–La espina dorsal del metalopo posee unas propiedades mágicas que la bruja olerá a varias yardas de distancia: así la sacaré de su guarida. –Le pareció escuchar algo y alzó la mano ordenando silencio. Pasados unos segundos continuó–. La mandrágora que robamos a esos ogros, a diferencia de lo que la gente cree, no las tiene: las anula. Así nublaré su capacidad para lanzar hechizos.

Dicho esto, empezó a arrastrarse entre los matojos como el depredador que acosa a su presa, sin apenas desplazar tallo alguno ni hacer ruido.

–¿Y por qué quieres matar al lagarto? –susurró el cronista cuando el Salvaje ya no podía oírle.

–¡Si me hubieras dicho que la carne de este reptil es tan sabrosa me habría arrastrado contigo por ese inmundo agujero! –exclamó August colocando otra brocheta junto a la hoguera.

–Pues tendrías que probarlo crudo. –Árak le acercó una garra sanguinolenta.

–No, Salvaje, gracias –dijo el cronista tras eructar en señal de respeto–. Tendré que esforzarme mucho para convencer a los de mi tierra que aquí, en el Norte, hay dragones, brujas y magos; pero lo que no creerán en absoluto es que la gente aún come carne cruda.

–Ja, ja, ja. No nos comemos toda la carne cruda, solo la que lo merece.

–Dime la verdad... te he visto tumbar a un ciervo a la carrera de una pedrada, no te veo capaz de meterte en esa sucia madriguera solo para comerte a este monstruo. ¿Por qué lo has hecho?

–Por su cabeza me darán suficiente plata para pagarte; así seguirás narrando mis aventuras durante todo un año. –Le tendió una bota de vino para que bebiera.

–Uhhmm, qué brebaje más sabroso.

–Y con la sangre que he metido en este pellejo bañaré el filo de mi espada; así, al cortar la cabeza de esa puerca no le volverá a crecer –concluyó mientras el cronista escupía el poco líquido que aún conservaba en la boca.

De camino al desfiladero donde se ocultaba la bruja se toparon con la Montaña de los Perdidos, un pedazo de roca gigantesco cubierto de peñascos resbaladizos con vastas grietas entre ellos. Un mal paso podría significar ser engullido por cualquiera de las pozas que conducían hasta el fondo de la montaña, un laberinto de grutas del que era casi imposible escapar. Árak era de los pocos que había recorrido esos túneles y vivía para contarlos, pero por

nada del mundo estaba dispuesto a permitir que una caída le hiciera repetir la experiencia.

August apenas podía respirar del esfuerzo, amén de tropezar con cualquier impedimento, por pequeño que fuera, que se cruzara en su camino.

–¡Afloja, Salvaje! –gritó a cierta distancia. Árak se detuvo y aguardó, sin dejar de mirarlo de soslayo–. No querrás que me ataque un puerco Garras y no pueda inmortalizar tus hazañas.

–En estas tierras no hay tales alimañas, solo basiliscos vulgares y corrientes –replicó cuando August llegó hasta él.

–¿Y qué diferencia hay? El resultado es el mismo: el narrador muerto, la historia inconclusa y el héroe sin motivo alguno para acabar con la bruja. Creo que sería la primera vez que el protagonista sobrevive al autor.

Árak no pudo reprimir la sonrisa. Le caía bien August, al menos todo lo bien que a un salvaje del Norte podía caerle un erudito canijo y refinado del Sur.

–Tenemos que llegar al final del cerro antes de que oscurezca; de lo contrario, sí serviremos de alimento a esas bestias. ¿Quieres que cargue contigo hasta entonces?

–No –respondió el cronista sobreponiéndose–, puedo parecer poca cosa, pero ninguno en mi pueblo recorre los campos de trigo con mi soltura.

Llegada la noche acamparon resguardados del potente viento tras un risco, muy cerca ya del desfiladero.

–Árak –dijo August con las palmas de las manos frente a la hoguera que habían encendido–, no negaré que esta aventura me entusiasma. Pero me gustaría saber por qué quieres matar a esa bruja.

–¿Acaso necesito un motivo? –preguntó mientras asaba unos conejos que había capturado esa misma tarde.

–¿No es eso lo que hace avanzar a los personajes?

El rostro serio del Salvaje aparecía y desaparecía a voluntad de los destellos del fuego.

—Por muy distintas que sean entre sí —dijo al cabo de un rato—, todas las brujas tienen algo en común: la perversión. Solo la jodida diosa que adoran, Kalaa, sabe por qué, pero el mal anida en su interior. Las más inofensivas se dedican a seducir a los hombres, ayudadas por sus hechizos, solo por el placer de destruir familias. Otras ofrecen sus pócimas, disfrazadas de adorables jovencitas o de ancianas entrañables, a incautos que acaban pagando un precio demasiado alto por lo que pretendían. Las más peligrosas disfrutaban con la muerte, ya sea para ofrecer sacrificios a su diosa o por diversión. Estas son las peores, capaces de arrasar aldeas enteras. Hombres, mujeres y niños mueren sin piedad a manos de ellas y de sus esclavos de guerra.

Cogió uno de los conejos y se lo ofreció a August. El cronista se quemó los dedos y lo dejó caer encima de la capa sobre la que estaba sentado.

—¿Esclavos de guerra?

—Sí, guerreros dispuestos a hacer por ellas todo lo que les ordenen. —Una lengua de fuego mostró el odio que se dibujaba en la mirada del Salvaje—. Esas perras consiguen a esos incautos antes de que nazcan, robándolos del vientre de una mujer encinta. Abren la panza de la madre cuando todavía está viva, secuestran al nonato y con la placenta preparan un brebaje que encadena al bebé durante el resto de su vida.

Sacó de las brasas el resto de las presas y las colocó sobre una piedra cercana al fuego.

—¿Y esta bruja es una de ellas?

—No lo sé —reconoció—. Es una bruja. Para mí es suficiente.

August creyó escuchar un ruido detrás de él. Se giró de súbito y vio una sombra deslizarse sobre la pared de la roca. Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Y si la bruja había acudido hasta allí? Miró a Árak, pero no parecía haberse percatado. El cronista volvió a su

posición inicial poco a poco, para ver cómo la sombra recorría el mismo camino que él. Suspiró aliviado.

–Entonces esos guerreros... –empezó a decir.

–Sí –se anticipó el Salvaje–. Cumplen todos los deseos de su ama.

–¿Y cómo es posible acabar con esa esclavitud?

–Pues como con todas las relaciones –dijo Árak arrancando de un bocado la cabeza de un conejo–. Cortándola de cuajo.

A la mañana siguiente entraron en el Desfiladero de la Bruja. Tras días de penoso viaje el primer capítulo de las hazañas de Árak el Salvaje se acercaba a su fin.

–Aquí estamos –pronunció August para ahuyentar el miedo–. Ya hemos pasado algún tiempo juntos, creo que lo suficiente como para conocernos un poco... En absoluto te considero un salvaje, al menos la opinión de salvaje que tenemos allí, en el Sur, de los de aquí. ¿Por qué insistes en que te llame así, incluso en las crónicas que estoy escribiendo?

–Te lo diría si pudiera confiar en que mantendrás la boca cerrada –dijo Árak mientras trepaba sobre una roca bastante alta.

–Te doy mi palabra de juglar.

–Eso es lo que me preocupa –soltó–. Conozco demasiado bien a los juglares. Van canturreando por ahí todo lo que se les ocurre, y cuando ya no les viene nada a la cabeza, acaban por contar todo lo que saben; ya sea por dinero, por vino o por meterse entre las piernas de una moza.

–Te daré mi palabra de jurista, que también ejerzo de tanto en tanto –replicó August.

–No sé qué es eso, pero suena peor incluso que juglar. –Árak saltó desde lo alto de la roca y cayó justo al lado del cronista–. Me conformo con que me digas que no lo explicarás. Sígueme, no estamos lejos.

–Está bien. Soy todo oídos.

—No es ningún secreto que aquí, en el Norte, no soportamos a los arrogantes y delicados ciudadanos del Sur. No son bienvenidos sus aires de grandeza ni su progreso. Es por eso que decidimos hacer correr una fama que no se corresponde con nosotros... al menos en su totalidad. Sí, nos gusta la guerra, la caza, joder con tantas mujeres como se nos pongan delante y beber hasta caer inconscientes. Pero respetando el valor del enemigo en la lucha, la tenacidad de la presa por sobrevivir cuando es capturada y la dignidad de la mujer en el cortejo. Respecto a lo de beber sin medida, no encuentro que difiera demasiado de la realidad. —Sacó su cantimplora y bebió de un trago el aguardiente que quedaba en su interior—. Todo lo demás, lo que se cuenta por ahí sobre nuestra fiereza sin límites y gusto por matar sin miramientos no es más que un bulo que nos hemos inventado para manteneros alejados.

August sonrió aliviado, pues desde que había sido contratado por Árak para narrar sus hazañas aún no había pasado una noche tranquilo. Temía ser degollado mientras dormía por algún otro salvaje que rondara por la zona.

—Has dicho que no lo contarás —continuó Árak. Después alzó la mano para que se detuviera—. Si incumples tu promesa —murmuró—, te juro por mi espada que te encontraré y cortaré tu cuello mientras duermes.

—Entendido —susurró el cronista al tiempo que tragaba saliva.

Arak lo cogió del brazo y lo condujo hacia una arboleda que había unas yardas más adelante. Señaló una cueva que penetraba dentro de la montaña que tenían enfrente.

—Cuelga la espina dorsal del metalopo de ese roble —ordenó—. Yo esparciré la mandrágora molida.

El guerrero se adelantó unos pasos y vació el polvo de mandrágora frente a la cueva. Regresó hasta el cronista.

—Bien, quédate allí detrás —señaló unos arbustos a una docena de pasos— y memoriza todo lo que sucede: quiero quedar bien en el soneto.

–¿Qué ocurrirá si esta bruja tiene un esclavo de guerra?

–Que tendré que matarlo también –dijo.

–Olvidas la bota con la sangre. Toma.

El Salvaje arrancó el corcho con los dientes, vertió el espeso líquido sobre el filo de su espada y fue directo a la gruta de la bruja.

August se alejó un poco más de lo que le había aconsejado Árak, pero no tanto como le hubiera gustado, pues no quería perder detalle de lo que ocurría. Cuando el Salvaje estaba frente a la cueva, de la espesura que se perdía en su interior surgió una mujer de cabellera negra y afiladas uñas. Al cronista le pareció tan hermosa que por un momento olvidó de parte de quién estaba.

No hubo ceremonias ni grandes frases, todo lo contrario: fue bastante rápido. La bruja intentó lanzar un sortilegio, pero no funcionó. Árak la sujetó por la muñeca con la mano izquierda mientras la diestra dejaba caer la espada con fuerza. El arma seccionó el cuello de la mujer por la mitad, y esta cayó al suelo como una marioneta a la que le cortan los hilos. La cabeza, en cambio, rodó unas cuantas yardas camino abajo; sangre y arena se mezclaban sobre ella en su rotar, rebozándola.

–¿Eso es todo? –preguntó el cronista cuando Árak regresó.

–Siempre es así –respondió el Salvaje–; ahora depende de ti que haya merecido la pena.

## Sobre el autor de «De cómo se fraguó la leyenda de Árak el Salvaje»:

**Edgar Segá** (Barcelona, 1975). Técnico de iluminación de teatro y escritor aficionado residente en Sabadell, es autor de numerosos cuentos y relatos que giran en torno a la fantasía, el terror y la ciencia ficción.

Finalista del Premio Domingo Santos 2015 con *A la sombra de Índigo*, algunas de sus creaciones han sido seleccionadas para formar parte de distintas publicaciones: *Los dos mundos de Lord Barrymore* (La sombra de Polidori, editorial Saco de Huesos), *El verdadero rostro del odio* (Calabazas en el trastero, editorial Saco de Huesos), *La llamada del mar* (III Antología de relatos fantásticos La bruma, Editorial Fantasía), *La mina de los muertos vivientes* (Amanecer Pulp 2013), *El único deseo* (revista Valinor).

También cultiva el microrrelato, forma narrativa con la que ganó las ediciones VII y XV de las «Microjustas literarias» (certamen organizado por la web OcioZero), fue finalista en el Concurso de Microcuentos Fantasti'cs, y aparece en diversas antologías, como *Calabacines en el ático: Grand Guignol* (Saco de Huesos), *El fantasma de las navidades presentes* (James Crawford Publishing) o *Deseo Eres tú* (Kelsonia Editorial).